



CAPÍTULO II.

TOMA DEL TEMPLO MAYOR.—VALOR DE LOS MEXICANOS.—APUROS DE LA GUARNICION.—REÑIDOS COMBATES EN LA CIUDAD.—MUERTE DE MOTEUCZÓMA.

(1520.)

FRENTE á frente de los cuarteles españoles y á poca distancia de ellos estaba el gran templo de Huitzilopochtli. Esta masa piramidal, con los templos en que remataba, llegaba á la altura de ciento y cincuenta piés y dominaba completamente el palacio de Axayacatl ocupado por los cristianos. Un cuerpo de quinientos ó seiscientos mexicanos, muchos de ellos nobles y guerreros de alta calidad, habian apoderádose de aquella posicion desde la cual descargaban tal lluvia de proyectiles sobre los cuarteles de los blancos, que no podia asomar uno de éstos sin correr grave peligro; al paso que los mexicanos, guarecidos por los santuarios no recibian ni el menor daño del fuego enemigo. Era claro que si los españoles querian quedarse en sus cuarteles, debian desde luego desalojar á los que habian tomado el teocalli.

Cortés confió esta comision á su camarista Escobar con cien hombres, dándole orden de que se apoderase del templo y pegase fuego á los santuarios; pero este oficial fué rechazado por tres veces y despues de los esfuerzos mas desesperados se vió obligado á retirarse con gran pérdida y sin haber logrado su intento. Cortés, conociendo cuán necesario era apoderarse del puesto, determinó hacerlo él personalmente, y no pudiendo llevar la rodela con la mano, por estar manco de la mano izquierda, hizo que se la atasen al brazo y salió á la ca-

beza de trescientos caballeros escogidos y de algunos miles de aliados.¹

En el átrio del templo encontró un gran número de indios preparados á disputarle el paso. Cargóles bruscamente; pero las lisas y redondas piedras del pavimento hacian que los caballos resbalasen y aun que cayesen muchos de ellos. Mandó echar pié á tierra apresuradamente, envió los caballos al cuartel y volvió á emprender el asalto, consiguiendo ahora, aunque con gran dificultad dispersar á los indios y abrirse paso hácia el templo. Este, como ya recordará el lector, era una enorme pirámide de trescientos piés cuadrados de base. Una escalera de piedra hecha en la parte exterior en uno de los ángulos de la pirámide, conducia á la plataforma ó terrado de arriba, dando la vuelta al primer piso hasta llegar al punto correspondiente del segundo, y así sucesivamente. Como el teocalli tenia cinco cuerpos ó divisiones, era preciso andarlo cuatro veces en redondo (ó andar cosa de una milla) antes de llegar á la cima, que era una superficie descubierta coronada por dos santuarios dedicados á deidades aztecas.²

Habiéndose abierto paso, comenzó Cortés á subir las escaleras seguido de Alvarado, Sandoval, Ordaz y algunos otros esforzados caballeros, mientras que una fila de arcabuceros y un fuerte cuerpo de aliados tenia á raya á los indios al pié del templo. Los guerreros aztecas fueron disputando el terreno á los españoles en cada uno de los escalones del templo. Desde su elevada posicion dejaron caer una multitud de saetas penetrantes, de piedras pesadas, de pedazos de madera y de dardos ardiendo, que al bajar por las escaleras precipitaban á los españoles y esparcian el terror en sus filas. Los mas afortunados, evitando estos obstáculos ó saltando por encima de ellos consiguieron llegar al primer terrado, donde despues de una ligera refriega hicieron replegar á los enemigos. Los que atacaban siguieron avanzando, protegidos eficazmente por el fuego de los mosquetes que causaron tal daño á los mexicanos

¹ "Salí fuera de la fortaleza, aunque manco de la mano izquierda, de una herida que el primer día me habian dado; y liada la rodela en el brazo, fuí á la torre con algunos españoles que me siguieron." *Relic. S. g.*, en Lorenzana, pág. 138.

² Véase antes la pág. 100 y 105.

que les obligaron á refugiarse en los santuarios de la cima del templo.

Cortés y sus camaradas dejaron cubierta su retirada y se encontraron al fin frente por frente de sus enemigos en aquel elevadísimo campo de batalla, empeñados en mortal combate, á presencia de la ciudad entera y de las tropas de uno y otro bando que estaban en el átrio, las cuales como por mútuo consentimiento suspendieron su lucha para poder presenciar en mudo espectáculo el écsito de la que arriba se trababa. La cumbre del templo, aunque de menores dimensiones que la base, tenia sin embargo, amplitud bastante para mil combatientes: el pavimento era de anchas y lisas piedras; toda ella estaba despejada, menos en los sitios ocupados por la enorme piedra de los sacrificios y los dos santuarios, que se elevaban á la altura de cuarenta piés, allá en un extremo de la liza. Uno de ellos estaba consagrado á la Cruz; el otro, aun permanecía ocupado por el dios de la guerra de los mexicanos. El cristiano y el azteca pugnaban por su religion respectiva á la sombra de las aras de sus dioses. Los sacerdotes indios vagaban por todas partes, con su cabellera flotando suelta sobre un manto negro, semejantes á otros tantos demonios salidos de sus antros para animar aquella matanza.

Las partes pelearon con el furor de hombres á quienes no queda mas esperanza que la victoria: no habia que pedir ni que otorgar conmiseracion, y la huida era imposible. El bordo de la area no estaba defendido por ningun pretil, por manera que un resbalon era mortal; y algunas veces se vió á los combatientes luchando á muerte, precipitarse asidos el uno del otro desde aquella altura extraordinaria.³ Cuentan que Cortés mismo ha escapado milagrosamente de este destino. Dos indios de formas robustas y vigorosas se asieron de él é intenta-

³ Segun Sahagun, muchos aztecas, viendo la suerte de los que caian en manos de los españoles, se echaron de cabeza ellos mismos desde la altísima cima del templo, y quedaron hechos pedazos en el suelo. "Y los de arriba, viendo á los de abajo muertos y á los de arriba que los iban matando los que habian subido, comenzaron á arrojar del cú abajo desde lo alto, los cuales morian despeñados, quebrados brazos y piernas y hechos pedazos, porque el cú era muy alto; y otros, los mesmos españoles los arrojaban de lo alto del cú, y así, todos cuantos allí habian subido de los mexicanos murieron mala muerte." *Hist. de Nueva-España*, lib. 12, cap. 22.

ron arrastrarlo consigo hasta el bordo de la elevada pirámide: conociendo su intencion, luchó con ellos con todas sus fuerzas, y antes de que pudiesen realizarla, logró desasirse y arrojar á uno de ellos con un solo movimiento de su brazo. Esta anécdota no es inverisímil, pues Cortés era hombre de extraordinaria agilidad y fuerza; y varios escritores la han adoptado; pero ningun contemporáneo la refiere.⁴

El combate duró con implacable encarnizamiento por tres horas. El número de los indios era duplo del de los cristianos, y la refriega de tal naturaleza, que el número y la fuerza brutal y no la superioridad científica parece que debian decidir del écsito; pero no era así realmente. La invulnerable armadura de los españoles, su acero bien templado y sobre todo, el hábito de esgrimirlo, les daban grandes ventajas sobre la fuerza física y el número. Mientras que los españoles despleaban ese valor que inspira la desesperacion, el de los aztecas á cada momento se debilitaba mas y mas. Uno tras otro todos fueron muriendo, hasta no quedar vivos mas que dos ó tres sacerdotes que fueron llevados como un trofeo por los vencedores: todos los demas habian quedado tendidos sobre la ensangrentada liza ó habian caido precipitados desde las alturas. Sin embargo, no fué despreciable la pérdida de los españoles, pues murieron cuarenta y cinco de los mejores soldados, y los restantes quedaron mas ó menos heridos.⁵

Los victoriosos caballeros se dirigieron á los santuarios. El

⁴ Entre otros véase á Herrera, *Hist. General*, dec. 2, lib. 10, cap. 9. Torquemada, *Monarqu. Ind.*, lib. 4, cap. 69. Solís, *Hist. de la Conquista*, lib. 4, cap. 16, donde describe todo muy circunstanciadamente, como lo tiene de costumbre.

El primero de estos autores pudo consultar autoridades contemporáneas, como por ejemplo, el manuscrito de Ojeda, que ahora ya no se encuentra. Es cosa rara que semejante hazaña no la cuente Cortés mismo, que en tales cosas no se descuidaba.

⁵ El capitán Diaz, que á veces sule ser elocuente, hablando del valor del general en esta ocasion, se espresa con énfasis. "Aquí se mostró Cortés muy varon, como siempre lo fué. ¡O qué pelear y fuerte batalla que aquí tuvimos! Era cosa de notar vernos á todos corriendo sangre y llenos de heridas, y mas de cuarenta soldados muertos." (*Hist. de la Conq.* cap. 126) ¡La pluma de los antiguos cronistas corre parejas con sus espadas en esta famosa hazaña! *Colla penne é colla spada*, "igualmente afortunados." *Rélat. Seg. de Cortés, en Lorenzana*, pág. 138, Gomara, *Crónica*, cap. 106. Sahagun, loco citato. Herrera, ubi supra. Torquemada, ubi supra. Oviedo, *Hist. de las Ind.*, MS. lib. 33, cap. 13.

primer piso era de piedra y los dos superiores de madera. Al entrar en su recinto tuvieron la pena de no encontrar en su lugar la imagen de la Virgen y de la Cruz; ⁶ pero en el santuario del otro lado se veía todavía la efigie del horrendo dios Huitzilopochtli, en cuyos altares humeaba una ofrenda de corazones, y cuyas paredes estaban salpicadas de sangre humeante, ¡tal vez española! En medio de los gritos del triunfo derribaron la imagen del horrible monstruo y la echaron á rodar por las escaleras, en presencia de los estupefactos aztecas. Pusieron fuego al edificio; las esbeltas torres en que remataba se incendiaron en pocos momentos arrojando lívidas y ominosas llamas que alumbraron la ciudad, el valle y hasta la última cabaña de las montañas. Aquella era la hoguera fúnebre del paganismo y aquel fuego pregonaba que en él se había estinguido la cruel religion que por tantas centurias había enlutado las hermosas regiones de Anáhuac. ⁷

Concluida esta buena obra, bajaron los españoles las tortuosas escaleras del teocalli, con paso mas firme y mas estrepitoso, como seguros de que el cielo había derramado sobre ellos sus bendiciones. Rompieron por entre las gruesas masas de indios que les impedían el paso, los cuales desalentados por las escenas de que habían sido testigos, oponían poca resistencia; por manera que los españoles llegaron salvos á sus cuarteles. En aquella misma noche determinaron completar la obra haciendo una salida cuando los habitantes estaban durmiendo, y quemando trescientas casas. El horror del incendio fué tanto mayor cuanto que se verificó á una hora en que los azte-

⁶ El arzobispo Lorenzana es de opinion que aquella imagen de la Virgen es la misma que ahora se vé en el templo de Nuestra Señora de los Remedios. (Relac. Seg. *Ibid.*, ubi supra). Lo que no nos dice es, de qué manera se salvó en el saqueo de la ciudad dicha imagen, ni de qué manera se volvió á aparecer. Pero el milagro, mientras mas inesplícable, mas indubitabile.

⁷ De todas las proezas de los españoles, ninguna causó mayor impresion á los indios que la toma del templo, pues parecia que aquellos habían desafiado el poder del hombre y de los dioses. Despues de la conquista se encontraron varias veces geroglíficos que representaban circunstanciadamente el suceso. El delicado capitán Diaz cuenta que en los que él vió no se omitió ninguna de las pérdidas de los cristianos. (*Ibid.* ubi supra). Era la única venganza que les quedaba que tomar á los conquistados.

cas no acostumbraban pelear, y en que menos preparados estaban para defenderse. ⁸

Deseando aprovecharse de la saludable impresion que aquellos reveses debían haber causado en los indios, determinó Cortés con su acostumbrada política, hacerles propuestas de avenimiento; por consiguiente invitó al enemigo á un parlamento, y luego que los magnates y generales aztecas estaban en la plaza, subió al torreón donde se había asomado Moteuczóma y les hizo señas de querer hablarles. Doña Marina, como intérprete, estaba á su lado; y la multitud no pudo menos de contemplar con viva curiosidad á aquella jóven india tan conocida por su influjo sobre los españoles y en particular por sus relaciones con el general, quien por esta causa era conocido con el nombre de Malintzin. ⁹ Cortés hablando mediante el dulce y melodioso acento de su querida, dijo á los indios que ya nada les quedaba que esperar de su resistencia contra los españoles: que por todas partes habían visto á sus dioses hollados en el polvo, sus altares destruidos, sus casas quemadas, sus guerreros muertos: “todo esto os habeis buscado,” continuó, “por vuestra rebelion; sin embargo por consideraciones que os guardo, merced á ese soberano á quien tan indignamente habeis tratado, suspenderé mi brazo siempre que depongais las armas y volvais á la obediencia; pero de lo contrario, reduciré vuestra ciudad á un monton de escombros y no dejaré vivo ni á uno siquiera de vosotros para que pueda llorar sobre ellos!”

Pero Cortés aun no conocía bien el carácter de los aztecas, pues que se propuso dominarlos por las amenazas. Aunque

⁸ “*Sequenti nocte, nostri erumpentes in una viarum arci vicina, domus combussere tercentum; in altera plerasque e quibus arci molestia fiebat. Ita, nunc trucidando, nunc diruendo, et interdum vulnera recipiendo in pontibus et in viis, diebus noctibusque multum laboratum est utrinque.* (Mártir, de Orbe Novo, dec 5, cap. 6.) En cuanto al número de las acciones de guerra y de sus resultados en general, es decir, en cuanto á las victorias, las infructuosas victorias de los cristianos, todos convienen; pero no hay dos que estén conformes en cuanto al tiempo, lugar y demas circunstancias. ¡Cuán difícil no deberá de ser para el historiador de estos tiempos, formar un tejido de un tinte uniforme, con hilos de tantos colores!

⁹ Es el nombre por el cual se le conoce todavía en la poesía popular de México. También es el de la famosa montaña Uxalteca que hoy se llama Sierra de la Malintzin, y en lo antiguo se llamaba Matlalucueye, en honor de la señorita india. De todos modos, era un honor dignamente merecido por su compatriota adoptiva.

tranquilos en la apariencia y lentos para moverse, eran difíciles de aplacar una vez irritados; así es que ahora que habian sido heridos en lo mas vivo ¿quién era capaz de calmar la tempestad? También puede ser que Cortés haya conocido el carácter del pueblo; pero que haya querido usar un tono imperativo, por creer que en su situación, otro lenguaje mas suave y conciliador habria dado á entender que se conocia vencido, y no le habria proporcionado las ventajas que se proponia sacar.

“Verdad es, respondieron ellos, que habeis destruido nuestros templos, despedazado nuestros dioses y asesinado á nuestros hermanos: muchos de nosotros tendremos aun que caer bajo los terribles golpes de vuestro acero; pero estamos contentos si aunque sea al precio de muchos millares de mexicanos compramos la sangre de un solo blanco.¹⁰ Mirad y contemplad nuestras calles y nuestras plazas y las encontrareis cubiertas de guerreros, en todo cuanto alcance vuestra vista: nuestro número apenas ha decrecido por nuestras pérdidas; mientras que el vuestro ha disminuido visiblemente: estais muriendo de hambre y de enfermedad: ya no teneis víveres ni agua: debeis, pues, caer dentro de breve tiempo en nuestras manos: *¡los puentes están levantados y no podeis salir!*¹¹ ¡Cuán pocos de vosotros escaparán á la venganza de nuestros dioses!” Al terminar, arrojaron sobre los españoles tal descarga de flechas, que los obligaron á guarecerse dentro de las murallas.

El orgulloso é indomable tono de los aztecas, llenó de abatimiento á los sitiados. En aquel instante creyeron que todo era perdido, sus combates diurnos, sus largas vigiliás nocturnas, los riesgos que habian desafiado, los peligros que habian vencido y hasta las victorias que habian alcanzado. Era claro que no se podia recurrir como antes al resorte de la superstición, pues los aztecas, semejantes á una bestia feroz que rompe las ataduras con que la tenia sujeta su opresor, hacian alarde y vanagloria de conocer toda su fuerza. La noticia de

¹⁰ Segun Cortés se jactaban arrogantemente de que podian dar veinticinco mil de los suyos por un solo blanco. “A morir veinticinco mil de ellos y uno de los nuestros.” *Relac. Seg.*, en *Lorenzana*, pág. 139.

¹¹ “Que todas las calzadas de las entradas de la ciudad eran desechas, como de hecho pasaba.” *Oviedo, Hist. de las Ind.*, MS., lib. 33, cap. 13.

que estaban cortados los puentes sonó mortalmente en los oídos de los españoles, quienes conociendo que eran ciertos los horrores que se les esperaban, se miraban los unos á los otros llenos de ansiedad y desaliento.

Siguiéronse de aquí las mismas consecuencias que entre la tripulación de un buque cuando va á naufragar. El conocimiento de un espantoso peligro hizo perder la subordinación: el espíritu de motin estalló con toda su fuerza, especialmente entre los bisoños soldados de Narvaez. Hábiales traído la codicia, pero sin pensar mas que en los halagüeños informes que se tenian de Anáhuac, y en que dentro de pocos meses volverian á sus hogares con los bolsillos henchidos del oro del monarca azteca. ¡Pero cuán diferente suerte les habia cabido! Desde que saltaron á tierra habian padecido duras privaciones, fatigas de todos géneros y peligros de que no tenian idea; lo que ahora tenian á la vista era aun mas espantoso; así es que lamentaban amargamente el momento en que trocaron los tostados campos de Cuba, por estas regiones habitadas por caníbales; y maldecian de todo corazón la hora en que acudieron locamente al llamamiento de Velazquez, y aun mas, aquella en que se alistaron bajo las banderas de Cortés!¹²

Pedian con ahinco y con violencia que se les sacase de la ciudad, y sobre todo, de aquella fortaleza en la que estaban amontonados como rebaño de ovejas, en espera de que llegase el momento de la matanza. Contrariábanles los subordinados y aguerridos soldados de Cortés, que habiéndole acompañado en sus dias de gloria, no querian abandonarle en los de la adversidad, y que conocian claramente, por otra parte, que la única esperanza que les quedaba en aquel conflicto estribaba en la union y la disciplina, y que aun esto mismo les serviria de poco si militaban á las órdenes de otro caudillo que no fuese Cortés.¹³

¹² “Pues tambien quiero decir las maldiciones que los de Narvaez echaban á Cortés y las palabras que decian, que renegaban dél, y de la tierra, y aun de Diego Velazquez que acá les envió, que bien pacíficos estaban en sus casas en la isla de Cuba, y estaban embelesados y sin sentido.” *Bernal Diaz*, ubi supra.

¹³ No obstante esto, en la petición ó carta de Veracruz dirigida por el ejército al emperador Carlos V, despues de la conquista, se alega como el principal motivo para haber abandonado la ciudad, la importunidad de los soldados. *Carta del ejército*, MS.

Urgido por los sitiadores fuera de la plaza y por los sediciosos dentro de ella, no desmintió el general su carácter. Un hombre vulgar, en circunstancias tan críticas habría desfallecido; pero el alma bien templada de Cortés, desplegó todos sus recursos de acción. Cortés reunía á la mayor serenidad sangre fría y perseverancia en sus propósitos, un espíritu emprendedor verdaderamente romanesco. Su presencia de espíritu no le abandonó: contempló tranquilamente su situación y pesó las dificultades que le rodeaban, antes de tomar ninguna resolución. Además de que era muy peligrosa una retirada á la vista de un enemigo valeroso y vigilante, lastimaba su orgullo abandonar una ciudad sobre la cual se había enseñoreado por tanto tiempo; perder los ricos tesoros que habían adquirido él y sus compañeros; privarse de los únicos medios en que cifraba su esperanza de alcanzar el favor del soberano y el perdón de los desafueros que habían cometido. Él conocía que recabarlos dependía enteramente del éxito de la empresa. Huir era inhabilitarse por siempre para continuar la conquista. ¡Y qué término tan triste hubiera sido este, de una carrera tan gloriosamente comenzada! ¡Qué contraste con sus jactanciosas vanaglorias! ¡Qué triunfo para sus enemigos! ¡El gobernador de Cuba iba á quedar ámpliamente vengado!

Pero este cúmulo de tristes reflexiones, no era tan afflictivo como pensar en permanecer en aquella desesperada situación. El número de sus soldados cada día disminuía; sus víveres se escaseaban al punto de no dar á cada soldado para recuperarse de sus fatigas, mas que una ración diaria de pan; ¹⁴ cada día abrían nuevas brechas á las endebles fortificaciones; finalmente, las municiones casi se habían acabado, por manera que solo hombres de una alma y de una constitución de hierro como eran los españoles, pudieron permanecer allí por mas tiempo, y solo ellos pudieron defender la plaza durante uno tan considerable contra tan fuertes enemigos. La principal dificultad consistía en elegir el momento y la manera de evacuar la ciudad. El mejor camino parecía ser el de Tlacopan,

¹⁴ La hambre era tanta que á los indios no se daba mas de una tortilla de ración, y á los castellanos cincuenta granos de maíz." *Herrera, Hist. gral., dec. 2, lib. 10, cap. 9.*

(Tacuba) porque aquella calzada, que era el punto mas peligroso del camino, solamente tenia dos millas de largo; y así los fugitivos podían cuanto antes llegar á tierra firme. Pero antes de salir definitivamente, determinó el general hacer una escursión en esa dirección, tanto para reconocer el terreno, como para distraer la atención del enemigo y ocultarle el verdadero plan de operaciones, por medio de aquellas maniobras ofensivas.

Emplearon algunos días en construir unas máquinas de guerra, de la invención de Cortés. Llamábanlas *mantas*, y estaban construidas sobre principios análogos á los de los manteletes usados en la edad media; sin embargo de que eran aun mas complicadas que aquellos, pues consistían en una torre de ligeros pedazos de madera, con dos pisos. Iban llenas de mosqueteros y en sus caras laterales tenían troneras por las que se podía hacer sobre el enemigo un vivo fuego. La gran ventaja que traían las máquinas era guarecer á los soldados de la lluvia de proyectiles que les echaban desde las azoteas. Eran aquellas en número de tres, estaban armadas de rodillos, y eran arrastradas por medio de cables por los aliados tlaxcaltecas. ¹⁵

Los mexicanos al ver con asombro aquella maquinaria de guerra, aquellas fortalezas cuyos costados despedían humo y fuego, y contra cuyos defensores ocultos eran inútiles las saetas, huyeron despavoridos. Acercando las mantas á las casas conseguían los blancos hostilizar eficazmente á los indios de las azoteas, y cuando esto no bastaba, echaban un puente

¹⁵ *Relac. Seg. de Cortés en Lorenzana, pág. 135. Gomara, Crónica, cap. 105.*

"El Dr. Bird en su pintoresco romance titulado: "Calavar," ha hecho de estas mantas un uso tal vez mayor del que es permitido al historiador. Reclama los privilegios de novelista, y debemos confesar que no abusó de ellos, pues muestra haber estudiado con sumo detenimiento las costumbres, y usos militares de los naturales. Ha hecho con respecto á estos, lo mismo que Cooper con respecto á los indios del Norte; ha enalcanado sus toscos rasgos con los brillantes colores de la fantasía poética. Igualmente feliz ha sido en la descripción pintoresca de los paisajes; y no nos causa sorpresa que no lo haya sido tanto en imitar el idioma de los antiguos caballeros españoles, pues nada es mas difícil que ejecutar hábilmente la moderna antigüedad. Se necesitaba todo el genio de W. Scott para hacerla tan perfecta que nadie pueda descubrir que es imitación.

levadizo desde la parte superior de la *manta* hasta la azotea, pasaban por él y brazo á brazo combatian con los defensores de las casas. Sin embargo, no podian acercarse á los edificios elevados desde donde arrojaban los indios tantas y tan pesadas piedras y vigas, que sumian las tablas que formaban el techo de las máquinas, ó sacudian fuertemente sus paredes laterales y amenazaban aplastar á los que iban dentro. Además, la máquina fué inútil luego que encontraron con un canal que estorbó llevarla adelante.

Los españoles vieron que la amenaza de sus enemigos era cierta: que habian levantado los puentes, y si bien es cierto que los canales no eran muy anchos ni muy profundos, lo eran bastante para estorbar los movimientos de las pesadas máquinas del general y de su caballería. Resolvió, pues, aquel abandonar sus *mantas* y dió orden de llenar el canal con piedras, palos y otros escombros de los edificios arruinados, y abrir al ejército un paso. Mientras se practicaba esta maniobra, los archeros y los honderos aztecas hicieron una furiosa descarga sobre los españoles que estaban casi indefensos á causa de sus ocupaciones. Luego que estuvo concluido el puente y que tuvieron los blancos un paso seguro, cargaron con furor sobre los enemigos, los que no pudiendo resistir el choque de aquella columna de acero, huyeron con precipitacion hasta otro canal que ofrecia para la defensa una posicion igualmente fuerte que la de donde acababan de rechazarlos.¹⁶

La calzada de Tlacopan estaba cortada á lo menos por siete canales,¹⁷ en cada uno de los cuales se repetia la misma escena: hacian alto los mexicanos valientemente y ocasionaban alguna pérdida á sus obstinados enemigos. En estas maniobras se pasaron dos dias al cabo de los cuales cupo al general la gran satisfaccion de ver su línea completamente establecida,

¹⁶ Carta del ejército, MS. Relac. Seg. de Cortés en Lorenzana, pág. 140. Gomara, Crónica, cap. 109.

¹⁷ Clavijero se ha equivocado al llamar á esta calle la calle de Ixpalapan. (Stor del Mexico, tom. III, pág. 129.) No era la calle por donde entraron los españoles, sino aquella por donde salieron cuando dejaron definitivamente la ciudad, la que Lorenzana indica exactamente con el nombre de call: de Tlacopan, cuyo nombre adulteraron los españoles convirtiéndolo en "Tacuba." Véase antes la pág. 95 nota.

y todos los puentes guardados por destacamentos de infantería española. Estando ya para llegar al fin de la calzada, mas allá de la cual habia arrojado á los enemigos, tuvo noticia de que estos, escarmentados por los duros reveses que habian padecido, deseaban entrar en negociaciones, á cuyo fin le esperaban en la fortaleza los generales mexicanos. Lleno de complacencia por semejante nueva, se volvió al instante á sus antiguos cuarteles acompañado de Sandoval, Alvarado y cosa de sesenta ginetes.

Los mexicanos propusieron que soltase á los dos sacerdotes que habia hecho prisioneros en el templo, para que sirviesen de mensajeros y de agentes de comunicacion. En consecuencia de esto fueron despachados al campo mexicano con las instrucciones correspondientes; pero ya no volvieron, porque todo aquello no habia sido mas que una artimaña de que se habian valido los aztecas para conseguir la libertad de sus dos sumos sacerdotes ó *teoteuctli*, cuya presencia era indispensable en la próxima ceremonia de la coronacion.

Cortés en expectativa de que se verificase un pronto arreglo, hizo que sus oficiales se recobrasen de las fatigas de la jornada; pero supo que los enemigos habian tomado nuevamente las armas y que peleaban con mas furor que nunca: que habian replegado á tres de los destacamentos que mandaba Alvarado y que se ocupaban activamente en destruir los puentes que estos custodiaban. Corrido de vergüenza por la infantil credulidad con que, dando oidos á sus lisonjeras esperanzas, se habia dejado engañar por un astuto enemigo, montó al instante y seguido de sus bravos compañeros se dirigió á todo escape al teatro del combate. Los indios cedieron al ímpetu de los blancos; los puentes fueron reedificados, y Cortés y su caballería recorrieron toda la calzada, dispersando con la punta de sus lanzas á los enemigos como á espandos ciervos. Pero antes de concluir esta maniobra tuvo el disgusto de ver que su infatigable enemigo habia vuelto á la carga viniendo por las calles y encrucijadas y que agobiaba á la infantería que estenuada por el cansancio, ya no podia mantener su posicion en uno de los puentes principales. Una inmensa multitud acudia por todas partes y urgia á los blancos con descargas de piedras, dardos y saetas que